



Reflection from Fr. Melanio Viuya, MJ
Fifteenth Sunday in Ordinary Time— Year A

Looking at the faces of people riding the bus early in the morning, or leaving the factories, hospitals, and kitchens late at night, we do not see a lack of effort. We see deep, profound exhaustion. Many of our families are working two or three jobs, yet the bills keep getting higher, gas prices are soaring, and a trip to the grocery store feels like a heavy cross. Many in the pews today are holding onto an aching worry for parents or children left behind in our countries of origin, or family members navigating the frightening, uncertain waters of immigration paperwork.

Our hearts can easily feel exactly like the soils Jesus describes in today's Gospel: hard, rocky, and choked by the sharp thorns of daily survival. When Jesus talks about the seed that falls among thorns, He says these thorns are "the anxieties of life and the lure of riches." For an immigrant community, this isn't about greed. It is the anxiety of survival. 1) It is the thorny fear of unexpected illness when health insurance feels out of reach. 2) It is the rocky ground of trying to keep our children safe, faithful, and connected to their roots in a fast-moving culture that pushes God to the margins. 3) It is the temptation to let our schedules become so volatile and crowded with shifts that we have no time left to nourish our souls, our marriages, or our families.

We can begin to believe that our labor is in vain. We groan under the weight of it, much like Saint Paul describes in the second reading when he says that "all creation is groaning in labor pains." But God reminds us, in the first reading, that when the rain falls, it does not return to heaven without watering the earth and making it fruitful. God says: "My word shall not return to me void, but shall do my will."

Our struggles are not invisible to God. The sacrifices we make—sending money back home, skipping sleep to care for a sick relative, praying on our knees at the end of a grueling day—are seeds. Human systems may fail us. Economies may squeeze us. But God's grace is not tied to the stock market or an immigration visa. The Sower hurls His love into our life carelessly, especially into the hardest parts of our week.

How do we become the "good soil" when the environment around us feels so harsh? We cannot do it alone. The good soil is not just an individual heart; it is our parish community. **In our Filipino and Latino cultures, we know that no one survives alone.** We carry each other's burdens. When a family is sick, we bring food. When a neighbor is drowning in bills, we share what we have. That community care is how we keep our hearts from turning into cynical, hardened paths. **We pull out the rocks of isolation:** When the heat of trial hits, a solitary plant withers. But plants grouped together shade each other's roots. We must prioritize coming to acting together, praying together, and sharing our lives, because our collective roots protect us from drying out. **We clear the thorns by remembering our true identity:** We are not merely a worker, a taxpayer, or a number on a spreadsheet. We are a children of God, destined for what Saint Paul calls "the glorious freedom of the children of God." Do not let the anxieties of this world rob us of our dignity or our joy.

This week, when we feel the exhaustion creeping in, remember the Sower. Christ has planted a seed of resilience, faith, and deep love inside our heart. Hold fast to His Word. Keep sowing love in our homes, patience in our workplaces, and faith in our children. The harvest is coming. It is guaranteed by the one who commands the rain, and it will yield a bounty far greater than any hardship we face today. Amen.

Reflexión del Padre Melanio Viuya, MJ
XV Domingo Ordinario— Ciclo A

Al mirar los rostros de las personas que viajan en el autobús temprano en la mañana, o que salen de las fábricas, hospitales y cocinas tarde en la noche, no vemos una falta de esfuerzo. Vemos un cansancio profundo y agotador. Muchas de nuestras familias tienen dos o tres trabajos; sin embargo, las cuentas siguen aumentando, la gasolina está por las nubes y una visita al supermercado se siente como una cruz muy pesada. Hoy cargan con la dolorosa preocupación por sus padres o hijos que se quedaron en nuestros países de origen, o por familiares que navegan las aguas temibles e inciertas de los trámites migratorios.

Nuestros corazones pueden sentirse fácilmente como los terrenos que Jesús describe en el Evangelio de hoy: secos, pedregosos y ahogados por las espinas afiladas de la supervivencia diaria. Cuando Jesús habla de la semilla que cae entre espinas, dice que estas espinas son «las preocupaciones de la vida y la seducción de las riquezas». Para una comunidad inmigrante, esto no se trata de codicia; es la ansiedad de la supervivencia. 1) Es el miedo espinoso a una enfermedad inesperada cuando el seguro médico se siente fuera de nuestro alcance. 2) Es el terreno pedregoso de intentar mantener a nuestros hijos seguros, fieles y conectados a sus raíces en una cultura acelerada que empuja a Dios a los márgenes. 3) Es la tentación de dejar que nuestros horarios se vuelvan tan inestables y saturados de turnos de trabajo que ya no nos quede tiempo para alimentar nuestra alma, nuestro matrimonio o nuestra familia.

Podemos llegar a creer que nuestro trabajo es en vano. Gemimos bajo su peso, tal como lo describe San Pablo en la segunda lectura cuando dice que «la creación entera gime con dolores de parto». Pero Dios nos recuerda, en la primera lectura, que cuando la lluvia cae, no regresa al cielo sin empapar la tierra y hacerla fecunda. Dios dice: «Mi palabra no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad». Nuestras luchas no son invisibles para Dios. Los sacrificios que hacemos —enviar dinero a nuestros países, perder horas de sueño para cuidar a un familiar enfermo, rezar de rodillas al final de un día agotador— son semillas. La gracia de Dios no depende de la bolsa de valores ni de una visa de inversión. El Sembrador lanza Su amor en nuestra vida generosamente, sin escatimar, especialmente en los momentos más difíciles de nuestra semana.

¿Cómo nos convertimos en «tierra buena» cuando el entorno que nos rodea se siente tan hostil? No podemos hacerlo solos. La tierra buena no es solo un corazón individual; es nuestra comunidad parroquial. En nuestras culturas filipina y latina, sabemos que nadie sobrevive solo. Cargamos las familias de los demás. Cuando una familia está enferma, le llevamos comida. Cuando un vecino está ahogado en deudas, compartimos lo que tenemos. Ese cuidado comunitario es la forma en que evitamos que nuestros corazones se conviertan en caminos cínicos y endurecidos.

Arrancamos las piedras del aislamiento: cuando el calor de la prueba golpea, una planta solitaria se marchita. Pero las plantas que crecen juntas dan sombra a sus raíces mutuamente. Debemos priorizar el actuar juntos, rezar juntos y compartir nuestras vidas, porque nuestras raíces colectivas nos protegen de la sequedad. Limpiamos las espinas al recordar nuestra verdadera identidad: no somos simplemente un trabajador, un contribuyente o un número en una hoja de cálculo. Somos hijos de Dios, destinados a lo que San Pablo llama «la gloriosa libertad de los hijos de Dios». No permitamos que las preocupaciones de este mundo nos roben nuestra dignidad o nuestra alegría.

Esta semana, cuando sentimos que el cansancio nos invade, recordemos al Sembrador. Cristo ha plantado una semilla de resiliencia, fe y amor profundo dentro de nuestro corazón. Aferrémonos a Su Palabra. Sigamos sembrando amor en nuestros hogares, paciencia en nuestros lugares de trabajo y fe en nuestros hijos. La cosecha ya viene. Está garantizada por Aquel que domina la lluvia, y dará un fruto mucho mayor que cualquier dificultad que enfrentemos hoy. Amén.